

EN LA CÁMARA OSCURA. SOBRE LA EXPOSICIÓN «LA ESCUELA DE FRÁNCFORT Y FRÁNCFORT. UN REGRESO A ALEMANIA»

*In the Camera Obscura. On the Exhibition
“The Frankfurt School and Frankfurt: A Return to Germany”*

SEBASTIAN NEUBAUER*

sneu@zedat.fu-berlin.de

Fecha de recepción: 13 de septiembre de 2010
Fecha de aceptación definitiva: 10 de octubre de 2010

RESUMEN

El texto ofrece un análisis de la exposición “La Escuela de Fráncfort y Fráncfort: Un regreso a Alemania”, que tuvo lugar en el Museo Judío de Fráncfort del Meno entre el mes de septiembre de 2009 y enero de 2010. En dicha exposición emergían perspectivas largo tiempo silenciadas, que sin embargo son fundamentales para comprender, no sólo la Escuela de Fráncfort y su lugar en la República Federal Alemana de posguerra, sino también la Teoría Crítica en cuanto tal.

Palabras clave: Escuela de Fráncfort; Teoría Crítica; emigración intelectual; primeros años de la República Federal Alemana; judaísmo alemán.

ABSTRACT

The text analyses the exhibition “The Frankfurt School and Frankfurt: A Return to Germany”, which took place at the Jewish Museum of Frankfurt am Main between september 2009 and January 2010. The setting of the exhibition succeeded to bring back to discussion different perspectives which were long time silenced; these perspectives proved to be essential to understand not only the Frankfurt School and his significance in postwar Germany, but also Critical Theory as such.

Key words: Frankfurt School; Critical Theory; intellectual emigration; first years of the Federal Republic of Germany; German Judaism.

*Freie Universität zu Berlin.

Entre el 17 de septiembre del 2009 y el 10 de enero del 2010 el Museo Judío de Fráncfort del Meno acogió la exposición *Die Frankfurter Schule und Frankfurt: Eine Rückkehr nach Deutschland*. Se trata de una exposición notable, en la medida en que sus responsables, Monika Boll y Erich Riedel, han logrado liberar a la Escuela de Fráncfort del lastre de los modelos de recepción y apropiación política que han predominado en los últimos cuarenta y cinco años. Mostrando la perspectiva de un presente biográfico que forma parte del pasado, los comisarios han posibilitado que la Escuela de Fráncfort y sus protagonistas cobraran de nuevo vida bajo una nueva luz, ofreciendo puntos de partida para una recepción transformada y depurada. La exposición abre perspectivas novedosas para comprender, no sólo la historia de la Escuela de Fráncfort y –a través de ella– las primeras décadas de la República Federal Alemana y el lugar del judaísmo en ella, sino también la Teoría Crítica en cuanto tal. Pero dichas perspectivas no son nuevas, sino que –tal y como quiere mostrar la exposición– se trata de perspectivas antiguas, quizá originarias, que han sido reprimidas en el discurso. En definitiva: se trata del retorno de lo reprimido.

SOBRE EL MÉTODO: EVIDENCIAR LO REPRIMIDO A TRAVÉS DE LA CÁMARA OSCURA

Desde un punto de vista técnico, la exposición está construida y organizada de modo excelente. El material expuesto está compuesto fundamentalmente por documentos originales, que incluyen gran cantidad de material fotográfico, sonoro y cinematográfico –en gran parte inédito–, que permite que los autores de los textos hablen directamente al público. Es más, el dispositivo técnico de la exposición permite a los visitantes tener la impresión de entrar en diálogo con los protagonistas. De este modo los textos y documentos escritos aparecen también bajo una luz diferente.

El color dominante de la exposición es el negro. En ninguna de las cinco salas que componen la exposición entra la luz externa. Se trata de una cámara oscura. Tal y como insinúa la exposición, en las cámaras oscuras puede encontrarse el trasero con los restos olvidados y reprimidos –pero no desechados– de la historia. Pero al mismo tiempo una cámara oscura es también el lugar donde se revelan las fotos: un espacio en el que imágenes ocultas llegan a ser visibles. “La Escuela de

Fráncfort y Fráncfort: un regreso a Alemania” aspira a ser ambas cosas y, por ello, al presentar los restos reprimidos y olvidados de la Escuela de Fráncfort bajo luz artificial y sobre un fondo negro, saca a la luz un aspecto esencial de la Teoría Crítica. En el plano metodológico, esto es posible por una parte porque se deja de lado el movimiento estudiantil y sus consecuencias sobre la recepción política de la Teoría Crítica, y por otra porque en consecuencia se deja también de lado la recepción académica de la Teoría Crítica después de la muerte de Adorno.

Este método permite que afloren a la superficie tanto el significado político actual de la Escuela de Fráncfort como también la enorme amplitud y el entramado de personas que permitieron la constitución de la Teoría Crítica. Por otra parte el *topos* de la ausencia de patria, la imposibilidad de una ubicación permanente y la transnacionalidad de los francfortianos, constituyen el epicentro de la exposición. Desde esta perspectiva, la Escuela de Fráncfort aparece como una constante diáspora a nivel tanto personal como institucional y político, delineándola como un fenómeno paradigmático del judaísmo europeo del siglo XX. Es decir, la exposición que tuvo lugar en el Museo Judío de Fráncfort no sólo se apoya en el mero hecho de que los francfortianos fueran judíos y de que por tanto su historia estuviera estrechamente ligada al transcurso de la vida judía en Alemania, sino que la Escuela de Fráncfort es interpretada como “cifra” del judaísmo.

LA VIDA EN LA EMIGRACIÓN

El primer espacio de la exposición comienza con la fundación del Instituto de Investigación Social en 1924. A continuación se muestran las extensas investigaciones del Instituto sobre la situación de la sociedad alemana en vísperas del Tercer Reich, y se documenta también el cierre del Instituto con el advenimiento del mismo. Los visitantes pudieron ver tanto los documentos escritos de las autoridades nacional-socialistas, que cerraron el Instituto por “agitación hostil al Estado” apenas unos días después de la llamada toma de poder, como las cartas de despido dirigidas a los profesores Max Horkheimer y Friedrich Pollock, basadas en la “Ley para el restablecimiento del funcionariado público”. Estos lúgubres documentos son contrarrestados con multitud de fotos, que muestran entre otros al matrimonio Horkheimer, aparentemente alegre, en la cubierta de un transatlántico durante su travesía hacia Nueva York en 1934.

Sin embargo la mayor parte de este primer espacio está dedicada a la vida y al trabajo de Horkheimer, Pollock, Adorno, Löwenthal y muchos otros en la emigración. Gracias a una serie de objetos y documentos personales, se muestra que los protagonistas de la Escuela de Fráncfort en Estados Unidos no sólo sufrieron, trabajaron y tuvieron trascendencia, sino que también vivieron –mostrando también cómo esta vida marcó por su parte la constitución de la Teoría Crítica de la sociedad. Así por ejemplo, una notable selección de cartas enviadas por todo el globo – cuyo contenido a menudo refleja una mezcla de vivencias cotidianas en los países de acogida, recuerdos de un mundo pasado, análisis político y reflexiones filosóficas– muestra de modo impactante hasta qué punto se mantuvo un estrecho contacto (y también cómo se estrecharon los contactos en el exilio), pero también la extrañeza de la emigración. En este sentido los membretes de las cartas de Adorno en la década de 1940 permiten apreciar cómo, oscilando entre diferentes modelos de identidad, el autor acabó por americanizar su nombre, haciéndolo pasar del alemán “Theodor” al anglosajón “Theodore”. Entre estos testimonios de la experiencia de la emigración destaca también una grabación de Horkheimer para sus padres, que habían permanecido en Suiza, en la que compara el paisaje de los Estados Unidos con el suizo y combina de manera brillante asuntos de su vida privada con la situación en Alemania. Sin embargo el indiscutido punto álgido es un álbum de *collages* que Maidon Horkheimer regaló a su marido en la década de 1940, en el que pueden encontrarse una serie de imágenes tan perspicaces como divertidas, compuestas a partir de recortes de periódicos y fotos de Horkheimer y sus amigos; en el álbum pueden encontrarse *collages* con títulos tan sugerentes como “idealismo alemán” o “secretos de dormitorio”.

DEBATES SOBRE EL ANTISEMITISMO

El segundo espacio de la exposición está dedicado a un tema de índole más teórico: el desarrollo de los estudios de la personalidad autoritaria y, a partir de ahí, la elaboración de una teoría del antisemitismo por parte de los autores del Instituto en la emigración. Mediante una serie de cartas, memorandos, entradas de diario y citas proyectadas sobre la pared se evidencia un debate cargado de tensión sobre el lugar del antisemitismo, tanto en la especificidad del Tercer Reich como en la elaboración general de una teoría de la sociedad. Para ello se toma en consideración

el trasfondo de experiencia judío de los autores. Así se muestra la evolución teórica que va desde la posición inicial de Horkheimer, quien –apoyándose en Marx– asumía que el antisemitismo era algo así como una “contradicción secundaria” en la sociedad, hasta la afirmación de Adorno en 1940: “Estoy convencido de que la cuestión judía es la cuestión de la sociedad del presente”. Y mientras que Franz Leopold Neumann defendía que era posible escribir un libro sobre el nacional-socialismo “sin tocar el problema judío”, Adorno sostenía manifiestamente que “quien quiera comprender el nacional-socialismo debe comprender el antisemitismo”. En consecuencia, es él quien comienza a desarrollar un pensamiento en el que la función histórica del proletariado parece pasar al judaísmo. Tal y como se documentaba en la exposición, estas confrontaciones no estuvieron exentas de desavenencias personales.

Pero además de los debates teóricos, los responsables de la exposición han querido mostrar también cómo los miembros del Instituto buscaron una clarificación para estas cuestiones en los datos empíricos concretos. Así por ejemplo se incluye también un anuncio publicado en la revista de emigrantes *Aufbau*, al que respondieron varios centenares de cartas. En él se pedía a los lectores, a cambio de una recompensa en metálico, que les enviaran informes sobre sus experiencias en el nacional-socialismo, concretamente en relación con el antisemitismo y con la disposición para la resistencia.

A partir de este material puede deducirse hasta qué punto el análisis del antisemitismo de la Teoría Crítica fue en un principio una cuestión ardua, difusa y controvertida, y por otra parte cómo la confrontación teórica, bajo la impresión de los acontecimientos en Europa, dio lugar a un proceso de aprendizaje que llevó al reconocimiento de la centralidad del antisemitismo para la teoría de la sociedad y la crítica de la ideología. Se trata de un proceso sin duda correcto desde el punto de vista teórico, pero que sin embargo acabaría llevando a la teoría a una posición de diáspora en la que sus propios protagonistas ya se encontraban a nivel personal.

REGRESO

El tercer espacio de la exposición se centra en el regreso a Europa, concretamente a Fráncfort. Enseguida resulta claro que para ninguno de los exiliados la cuestión del regreso era un asunto claro o evidente.

Horkheimer fue el primero en viajar a Fráncfort, a invitación de la dirección de la Universidad, y desde allí escribió a su mujer: “Alemania es de nuevo el país del futuro, y es más fuerte, más optimista y más malvado que nunca”. Y en otro pasaje: “El rector, ambos decanos y otros me han recibido de forma dulce, escurridiza y honorífica. Aún no saben muy bien si deben verme como un viajero americano relativamente influyente o como un hermano de sus víctimas cuyo objetivo es el recuerdo. Deberían optar por esto último”. Junto a él puede verse cómo Leo Löwenthal, que acabó por declinar la posibilidad de un regreso, cuenta en un programa de televisión cómo en su primer viaje a Alemania después de la guerra se encontró en el *Oktoberfest* de Munich con “las mismas masas berreantes, atontadas y borrachas” que en su día habían aclamado al Führer y cómo en Fráncfort, su ciudad natal, se sintió un extraño: sus amigos, “ya sea de izquierdas, judíos o ambas cosas”, habían sido asesinados, habían desaparecido o habían emigrado. En este mismo sentido podía verse una anotación de Adorno en su diario durante su primera visita en 1949: “En realidad Fráncfort ya no existe, pero la vida da la impresión de ser normal”.

Como resulta evidente a partir del material expuesto, Horkheimer, Adorno y Pollock acabaron regresando a Fráncfort fundamentalmente por dos motivos. Por una parte fue una decisión política, dirigida a intervenir en la reconstrucción democrática de Alemania, y por otra parte era el “objetivo del recuerdo” de los amigos y compañeros de camino que no habían sobrevivido al nacional-socialismo. De los documentos expuestos se deduce también que el regreso de los exiliados a la Universidad de Fráncfort sólo fue posible porque sus intercesores en Alemania remitieron a las autoridades competentes al “ingente patrimonio” del Instituto de Investigación Social, explicitando también que el regreso de pensadores judíos favorecería la reputación de la Universidad ante los aliados. Esto significa que no puede hablarse de un “regreso” en sentido estricto, ni a nivel personal ni tampoco institucional, puesto que el viejo Fráncfort ya no existía y el nuevo era extremadamente ambivalente. El regreso aparece más bien desde la imagen del “judío erran-

te”, del judío eternamente extraño con una mirada siempre atenta y crítica, que la sociedad de posguerra impuso a la Escuela de Fráncfort como única forma de existencia posible.

VIDA Y OBRA EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA

El cuarto espacio que compone la exposición –quizá el más fascinante– tiene por objeto la evolución del Instituto, abierto de nuevo en 1951, hasta el comienzo de la década de 1960. Ante todo se muestra la situación extremadamente precaria del Instituto en Fráncfort, que sólo pudo ser preservada gracias al apoyo del *Land* de Hessen, las autoridades americanas y el alcalde Walter Korb, en una universidad en la que las cátedras y los puestos de funcionarios estaban ocupadas por antiguos nazis. Pero también se muestra la reputación del Instituto dentro de la línea impuesta por las autoridades aliadas a la recién surgida República Federal –línea que de hecho sólo representaba una minoría de la clase dominante–. La sociología era una ciencia relativamente reciente y el objetivo era hacer de ella –tal y como pretendían los protagonistas del Instituto– una herramienta para la estructuración democrática. Ambos factores iban a conducir a los francfortianos a una posición excepcional en la República Federal, tanto en el panorama político como en el de investigación: se trataba de una posición frágil y que carecía de una base social o política, pero que al mismo tiempo les situaba en posición ventajosa dentro del discurso democrático del estado prescrito desde arriba por los aliados. El hecho de que además fueran intelectuales judíos exiliados hizo el resto, ya que desempeñaban una función exculpadora y legitimadora para la clase política que les “aceptaba”.

A partir de este trasfondo político, la exposición documenta el ascenso de Horkheimer en la clase política de los primeros años de la República Federal Alemana. Una serie de fotografías y grabaciones cinematográficas le muestran con personajes como Konrad Adenauer, Willy Brandt o Theodor Heuss. El objetivo de estos contactos con los más altos niveles de la política de Alemania Occidental era el intento de contribuir a la democratización de la sociedad y también de afianzar la frágil situación del Instituto, mientras que al mismo tiempo los materiales expuestos hacen aflorar claramente los motivos por los que Horkheimer pudo alcanzar seme-

jante posición. El significado de Horkheimer y –sobre todo– de Adorno como figuras político-intelectuales clave en la República Federal es puesto de manifiesto con una gran cantidad de material audiovisual original. Los visitantes de la exposición pueden apreciar hasta qué punto ambos intervienen constantemente en la radio y la televisión. Frente a la imagen que se ha impuesto posteriormente, lo que practicaban no era el pesimismo cultural, sino un aprovechamiento hábil de estos formatos mediáticos a la orden del día.

Sin embargo su relación con la clase política de la era Adenauer era extremadamente paradójica. Por una parte, en tanto que judíos re-emigrados y teóricos críticos, eran incluso más que odiados. Pero por otra las circunstancias políticas llevaron a una institucionalización de los francfortianos. Y es que tenían que trabajar juntos, si bien con diferentes objetivos y desde diferentes posiciones: unos aspiraban a la democratización de la sociedad alemana, los otros pretendían el reestablecimiento del poder alemán y del honor nacional. La relación resultante estuvo marcada en consecuencia por una distancia en la cercanía. Y, a pesar de todo, en diferentes asuntos políticos –sobre todo de política exterior– se llegó a posiciones prácticamente idénticas.

Los materiales y documentos reunidos en la exposición permiten mostrar esta compleja situación política como una especie de novela de intriga, en la que se muestra la colaboración del Instituto con la “oficina Blank”¹ y su posición con respecto al rearme de Alemania. La oficina Blank había pedido al Instituto ayuda para la selección de aspirantes a oficiales de talante democrático. Esto desató un complejo debate en el seno del Instituto, cuyos resultados fueron objeto de un memorándum. La controversia partía de análisis que evaluaban tanto consideraciones políticas como las posibles consecuencias sobre sus contactos en Fráncfort o las previsibles repercusiones en el contexto de la Guerra Fría. Finalmente el encargo fue aceptado, si bien con importantes restricciones. Pese a los numerosos reparos, el Instituto acabó por situarse en el lado de los defensores del rearme –si bien obviamente con motivos muy distintos del de sus defensores conservadores– remi-

¹ La oficina Blank era una sección de la Cancillería General dirigida por Theodor Blank. Su tarea era la preparación y la puesta en práctica del rearme en una República Federal desmilitarizada. El rearme fue el proyecto político más controvertido en los primeros Años de la República Federal, rechazado por la mayor parte de la población, los intelectuales y los social-demócratas.

tiendo a las posibilidades pedagógicas que abría para estructurar la institución militar desde dentro.

Los documentos reunidos en la exposición evidencian que los francfortianos – también debido a sus experiencias con el nacional-socialismo, que sólo pudo ser vencido militarmente– definitivamente no formaban parte de una oposición pseudo-pacifista y que el Instituto tampoco era una cantera para revolucionarios que pretendían acabar con la República de Adenauer. En este sentido Horkheimer escribía a Herbert Marcuse en 1961 sobre su temor a una “ocupación de bárbaros rusos o mongoloides”. El trasfondo que permite comprender estos temores –expresados de modo especialmente drástico en escritos de carácter privado– es la necesidad de defender la envoltura de libertad que aún permitía la democracia y que les distinguía claramente de muchos de los protagonistas de la clase política de la época. De ahí que, pese a las interferencias en cuestiones políticas concretas, resulte completamente erróneo incluir a los francfortianos dentro del *mainstream* conservador de la clase política. Su posición sólo puede ser entendida desde el trasfondo de su crítica del presente, desde su intento de conservar teóricamente la “posibilidad de lo mejor” y desde sus esfuerzos por la democratización de la sociedad. Pero esta posición, al igual que su propia institucionalización en la República Federal, responde a su situación absolutamente única y especial en el marco de la República de Adenauer: solos, sin base social ni política y sin una posición de poder.

Con esta posición incómoda de los francfortianos en el sistema de Alemania occidental se corresponde el hecho, fácilmente colegible a partir del material expuesto, de su situación personal como apátridas. En este sentido la exposición documenta las confrontaciones y el acoso por parte de los antiguos nazis que campaban libremente en el marco universitario e institucional, así como las complicadas y problemáticas relaciones personales de los francfortianos con ellos.

Esta peculiar constelación, en la que no había un lugar propiamente dicho para los protagonistas de la Escuela de Fráncfort, pero sí una función en el sistema, es lo que –tal y como insinúa la exposición– fue decisivo de cara a una vuelta al judaísmo. De acuerdo con ello, el material expuesto no sólo muestra las confrontaciones personales y teóricas con el judaísmo y con la “fuerza subversiva” del mismo, sino que también ilustra las medidas prácticas concretas –sobre todo a cargo de Horkheimer– con el propósito de revitalizar el judaísmo alemán y desarrollar una comprensión del mismo a la altura de los tiempos. Así fue como Horkheimer, que

era más bien crítico con respecto a Israel, inició las *Loeb-Lectures*, en las que intelectuales como Martin Buber o Gershom Scholem hablarían de lo que el judaísmo había supuesto en la cultura europea y lo que podía llegar a ser de nuevo. Desde este trasfondo emerge otro aspecto que llevó a los francfortianos a volver y sobre todo, pese a todos los reparos, a quedarse: no querían dar la espalda a Alemania y ceder así *post festum* el terreno a los nacional-socialistas, aceptando la aniquilación de los judíos europeos como un *factum*".

PATRIA SIN LUGAR

Pero incluso las iniciativas de los francfortianos en cuestiones de judaísmo fueron penosas y sin apoyos sólidos. Tampoco el judaísmo, que en la exposición aparece más bien como símbolo del carácter apátrida, parece haberles podido ofrecer un hogar ni una patria. Por ello escribía Adorno a Horkheimer aún en 1967, pese a toda la popularidad y la publicidad conquistada: "Literalmente no nos tenemos más que a nosotros mismos". De este modo la exposición, que había comenzado con la historia de la emigración, expresa una verdad: la Escuela de Fráncfort tuvo una ubicación -Fráncfort-, pero nunca tuvo una patria, y eso dejó también huellas sobre la Teoría Crítica.

De forma totalmente consecuente, el último espacio de la exposición está dedicado a la red intelectual transnacional que se designa en sentido amplio como Escuela de Fráncfort. El espacio está compuesto de unas 30 columnas, cada una de ellas dedicadas a una persona. En él pueden verse fotos, currícula vitae, así como material que documenta la conexión entre cada una de las personas y la Escuela de Fráncfort. Los retratados se conocieron en las décadas de 1930 y 1940 y estuvieron durante toda su vida repartidos por todos los continentes. Sin embargo los intensivos contactos se mantuvieron. Las columnas tienen un efecto de espejo, y de este modo cada uno de los personajes se transforma virtualmente en otro. Esta red intelectual internacional, que constituye quizá el núcleo de la Teoría Crítica y sin duda alguna es su patria intelectual, vuelve a la vida con este efecto logrado por la disposición espacial de la sala.

¿PERSPECTIVAS PARA LA TEORÍA CRÍTICA HOY?

Por último, la propia metodología de la exposición abre también de nuevo perspectivas para la Teoría Crítica hoy. Entre ellas destacan la insistencia en la amplia red interpersonal, pero sobre todo el recuerdo del *topos* apátrida y transnacional, y también la clara referencia a un emplazamiento que también es político –una posición sin lugar– y que rebasa los esquemas clásicos –también de los modelos de intervención–. En último término, la exposición llama conjuntamente las dos caras del no-lugar judío –en la sociedad y en la teoría–, tomando en cuenta sus posibilidades y sus funciones para el ejercicio de la Teoría Crítica hoy.

ACTIVIDADES EN TORNO A LA EXPOSICIÓN

En paralelo a la exposición tuvo lugar un ciclo de conferencias (el programa puede consultarse en: <http://juedischesmuseum.de/61.html>), en el que hablaron entre otros Micha Brumlik, Detlev Claussen, Axel Honneth y Rolf Wiggershaus. Para el cierre de la exposición el 11 de enero de 2010, el Museo Judío y la Universidad de Fráncfort organizaron el congreso “Hannah Arendt y la Escuela de Fráncfort”. Además se ha publicado un extenso catálogo de la exposición. En él pueden encontrarse textos de autores como Seyla Ben-Habib, Detlev Claussen, Martin Jay, Axel Honneth y muchos otros: Boll, Monika/Groß, Raphael (eds.): *Die Frankfurter Schule und Frankfurt: eine Rückkehr nach Deutschland*, Göttingen, Wallenstein Verlag, 2009, 301 páginas.

Traducción del alemán: Jordi Maiso